

www.alfaguara.santillana.es
Empieza a leer... Instrucciones para salvar el mundo

ROSA MONTERO

INSTRUCCIONES
para SALVAR
el MUNDO

ALFAGUARA


La Humanidad se divide entre aquellos que disfrutan metiéndose en la cama por las noches y aquellos a quienes les desasosiega irse a dormir. Los primeros consideran que sus lechos son nidos protectores, mientras que los segundos sienten que la desnudez del dormirse es un peligro. Para unos, el momento de acostarse supone la suspensión de las preocupaciones; a los otros, por el contrario, las tinieblas les provocan un alboroto de pensamientos dañinos y, si por ellos fuera, dormirían de día, como los vampiros. ¿Has sentido alguna vez el terror de las noches, el ahogo de las pesadillas, la oscuridad susurrándote en la nuca con su aliento frío que, aunque no sepas el tiempo que te queda, no eres otra cosa que un condenado a muerte? Y, sin embargo, a la mañana siguiente vuelve a estallar la vida con su alegre mentira de eternidad. Ésta es la historia de una larga noche. Tan larga que se prolongó durante varios meses. Aunque todo comenzó un atardecer de noviembre.

Por la mañana había estado lloviznando agua-nieve, pero a esas horas el cielo era una seca lámina plomiza. El frío subía de las lápidas y de la tierra dura y lamía los tobillos como una lengua de hielo. El sepulturero de más edad se enjugó subrepticamente la agüilla de las narices con la manga. Era el último muerto del día, le dolían los riñones a pesar de la faja y estaba deseando acabar. Además era uno de esos en-

tierras de mierda a los que no iba nadie, apenas tres o cuatro personas, una tristeza, y peor con ese día horrible, con esa oscuridad, con ese frío. Los entierros solitarios y los entierros de niños, eso era lo más duro. El viejo sepulturero tomó aire y le dio un empujón lateral al féretro para enderezarlo sobre las guías y que entrara bien recto en el nicho. Qué frío, demonios, se dijo, aterido. Claro que más frío tendrán los muertos ahí dentro, añadió rutinariamente, como siempre. Le echó una ojeada a su joven compañero, que era fuerte como un buey y sudaba y resoplaba con su cara de bruto. Éste sí que no tiene problemas, se dijo con inquina; él, en cambio, estaba cada día más cerca de la fosa. Qué jodido era ser viejo. Colocó las manos sobre sus lastimados riñones y se dirigió al deudo.

—¿Procedemos?

La pregunta no obtuvo contestación: el tipo parecía estar petrificado. El sepulturero miró con gesto inquisitivo al otro hombre, que se sintió obligado a hacer algo y sacudió suavemente el brazo del viudo.

—Matías... Matías...

—¿Eh?

—Que dicen los hombres que si pueden proceder.

—¿Que si pueden... qué?

—Que si cierran —aclaró con incomodidad el primo de Rita.

—Ah, sí, sí.

Matías hizo un esfuerzo por concentrarse en lo que veía. El primo pateando el suelo para entrar en calor; un sepulturero grandullón guardando los útiles; otro poniendo argamasa en la boca del nicho. La paleta raspaba contra la piedra. Un pequeño ruido des-

quiciante. El de la funeraria se le acercó susurrando algo incomprensible; llevaba unos papeles en la mano y un bolígrafo que le introdujo expeditivamente entre los dedos. Matías supuso que tenía que firmar e hizo dos garabatos allí donde la uña del hombre señalaba. Le resultó difícil porque todo lo veía lejos, muy lejos, al otro lado de un túnel oscuro, en el extremo equivocado de un catalejo. Desde esa distancia, los nichos parecían taquillas de la consigna de una estación. Rita se iba a reír cuando se lo dijera.

—Lo siento mucho, Matías.

—Sí, sí.

—Era una mujer estupenda.

—Sí.

Los sepultureros ya habían desaparecido y ahora se estaban marchando los demás. La enfermera. El primo. La jefa de Rita en la gestoría. Incómodos, con prisas. Ansiosos de escapar de la gran noche helada que estaba cayendo sobre el viudo. Avergonzados de ser tan pocos. «Si lo llego a saber, me habría encargado yo de avisar a la gente, pero es que este hombre no se deja ayudar», se justificaba el primo ante la enfermera mientras se iban; se sentía obligado a salvar la honra de la familia. Por entonces ninguno de ellos sabía que no iba a volver a ver a Matías. Y aunque lo hubieran sabido probablemente tampoco les habría importado: la pena posee una carga magnética negativa, es como un imán que repele en vez de atraer. Allí iban los tres a todo correr, saliendo escopetados del camposanto.

Sin embargo, Matías no sentía pena. No. En realidad no sentía nada. Ni el frío que subía a bocanadas de la tierra húmeda. Parpadeó y miró el cielo.

Que estaba negro como... Negro como... No consiguió encontrar un símil para ese cielo, porque era más negro que lo más negro que nunca había visto, más negro que la palabra negrura. La noche había caído muy deprisa. ¿Dónde estoy?, se preguntó de pronto, desconcertado, con un súbito sobrecogimiento, un pelizco de pánico, un mareo. En el cementerio, se contestó. Acabo de enterrar a Rita. Y de nuevo la tranquila nada en su interior. Ni un latido en el pecho, ni un pequeño recuerdo en la memoria. La quietud de la muerte sosegándolo todo.

Salió de la Sacramental sin pensar, sus pies buscando el camino y moviéndose solos. Se metió en el taxi, arrancó y condujo hasta la cercana M-30 con el mismo entumecido automatismo. La ciudad brillaba alrededor, toda encendida y viva, abarrotada de coches. Matías se sumergió en el río metálico y se dejó llevar. Conducir siempre le había gustado. Conducir sin tener en cuenta lo que hacía, amparado por su costumbre de taxista. Mientras sus manos se aferraban al volante, pensó en un tren. O, mejor, en un metro. En el retumbar del convoy que se acerca, en el vagón precipitándose sobre él, bufando y rechinando y sin poder pararse, en ruedas que machacan y laceran. Y en la muerte como un lugar tranquilo en el que refugiarse, un escondite al que uno podía ir. También pensó en la navaja que siempre llevaba en la guantera; e intentó imaginar el breve y frío dolor que causaría su filo al tajar el cuello. Pero luego, por primera vez en muchas horas, recordó a Chucho y Perra.

Salió de la carretera circular y enfiló hacia su casa. Era un camino muy conocido, pero cuanto más se acercaba a su barrio, más lejos se sentía. Lejos del

mundo y de sí mismo, lejos de la normalidad y la cordura.

—Buenas noches. A la glorieta de Cuatro Caminos, por favor.

Matías se volvió, atónito, y contempló al pasajero que se acababa de subir, aprovechando su parada en el semáforo.

—A la glorieta de Cuatro Caminos, por favor —repitió el hombre.

Matías sintió el rugido hervir en su pecho, un géiser de rabia y de desesperanza.

—¡Bájese de mi coche! ¡Bájese ahora mismo! —aulló con un grito fenomenal que vibró en su bajo vientre.

El pasajero se encogió en el asiento, turulato y aterrorizado. Era un apocado informático de cuarenta y nueve años que no había tenido que enfrentarse jamás a un estallido de violencia semejante, lo cual, en los tiempos que vivimos, sin duda era una suerte.

—¡Bájese, imbécil! —berreó de nuevo Matías con todas sus fuerzas, notando que, al salir, las palabras le raspaban las cuerdas vocales.

El hombre manoteó alocadamente intentando abrir la puerta, hasta que al fin lo consiguió y se tiró a la acera. Matías arrancó furibundo, tembloroso, asustado de la intensidad de su odio. Le hubiera matado. En verdad hubiera querido poder matarle. Tragó saliva con dificultad. Con un resto de sensatez, apagó la luz verde y puso el cartel de ocupado. Iba dando tumbos con el taxi, como borracho. Unos cuantos conductores le pitaron, pero el ruido de la ciudad llegaba hasta él amortiguado, remoto. Algo le pasaba en los oídos y en los ojos, algo que le impedía ver y oír con

normalidad. Se sentía muy cansado: no recordaba cuántos días llevaba sin dormir. Y sin comer. Estaba llegando ya a su calle, pero no conseguía reconocerla. La ciudad vibraba, se desdibujaba, palpitaba como una turbia masa viva al mismo compás del doloroso latido de sus sienes. Aparcó en la esquina. Le amedrentaba subir a la casa vacía.

Por fortuna, el portal estaba cerrado y la portera no se hallaba a la vista. Encendió la luz del descansillo, que se puso a tictaquear igual que un antiguo taxímetro. ¿Cómo había podido olvidarse de Chucho y Perra? Debían de llevar por lo menos dos días sin comer. Y sin salir. Los oyó lloriquear al otro lado de la hoja. Muy quedamente, porque eran perros abandonados que Rita había recogido, y la intemperie les había enseñado a ser discretos y educados. Abrió la puerta de la casa y salieron disparados a enredarse en sus piernas. Diminutos, enclenques, innobles, verdaderos escuerzos animales. Él, marrón con manchas y pelo de rata. Ella, grisácea y rechoncha, con un colmillo torcido por fuera del hocico y los ojos saltones. No se pueden poner nombres de verdad a unos perros tan feos, le había dicho a Rita cuando ella los rescató de la calle. Por eso se habían quedado con lo de Chucho y Perra. Matías los recordó enroscados sobre el regazo de su mujer cuando ya había estallado la enfermedad como una bomba. Cuando el final había comenzado.

Tragó con esfuerzo el dolor que tenía agarrado a la garganta y miró hacia el interior de la casa. El pasillo se perdía en la oscuridad.

—No —dijo en voz alta—: No.

La luz del descansillo se apagó y las tinieblas cayeron sobre él. Matías sintió un espasmo de pánico

y palmoteó la pared hasta atinar con el interruptor. A sus pies, los perros gimoteaban y le lamían los tobillos con desesperado entusiasmo. Se agachó y los cogió en brazos. Luego cerró la puerta de un tirón y bajó a toda velocidad las escaleras. No paró de correr hasta llegar al taxi y depositar a los chuchos en el asiento del copiloto, en donde los animales se quedaron extrañamente quietos, acobardados. Arrancó sabiendo muy bien adónde iba. A la parcela. A la casa que se estaban haciendo Rita y él en Villaviciosa de Odón. Es decir, a la casa que ya nunca se harían. A esa hora, sin tráfico, apenas tardó veinte minutos en llegar al pueblo. Antes de entrar en la urbanización paró en el McDonald's y compró unas hamburguesas para los perros. El tufo cálido y grasiento, que siempre le había desagradado, inundó sin embargo su boca de saliva. Descubrió, avergonzado, que tenía hambre, mucha hambre. ¿Cómo se podía tener hambre cuando se estaba viviendo el fin de todas las cosas? Humillado por las necesidades de su cuerpo, por el empeño de su carne en vivir (la carne lívida y doliente de Rita, los tubos de drenaje, los moretones, las llagas), Matías adquirió otras dos hamburguesas para él. Aunque el trayecto hasta la parcela fue muy breve, el taxi quedó impregnado de la peste dulzona de la comida.

Esa cubierta la había puesto con sus propias manos, teja a teja. Esos modestos muros los había levantado él, en sus horas libres, porque de adolescente trabajó de peón y no era mal albañil. La casita estaba ya techada, las ventanas y la puerta exterior estaban colocadas, los radiadores instalados, el baño de abajo terminado. Pero faltaban las puertas interiores, y la cocina, y pintar, y el suelo era sólo puro cemento.

Disponía de electricidad, pero su única fuente de iluminación consistía en una bombilla en el extremo de un cable muy largo, y el agua venía de la toma del jardín por medio de una manguera verde. Claro que tampoco había jardín, aunque Matías lo denominara así. La parcela era un erial de tierra parda y dura cubierta de cascotes, sacos de arena y diversos útiles para la construcción. En medio de esa nada sucia y desolada, la casa, pequeña y maciza, parecía una muela solitaria en la mandíbula de un viejo.

Intentó encender la bombilla, pero debía de estar fundida. A tientas, procurando no pisar a los nerviosos perros, Matías palpó el suelo hasta encontrar el viejo televisor portátil que habían llevado a la parcela cuando Rita empezó a sentirse mal, cuando ya ni siquiera soportaba leer, para que pudiera entretenerse viendo alguna película mientras él seguía trabajando en la casa. Prendió el aparato y le quitó el sonido. De la pantalla salió un fulgor móvil y desvaído que iluminó la estancia pobremente. Por las ventanas mal selladas se colaba el viento y hacía un frío atroz. Un frío sepulcral, pensó Matías; y le pareció escuchar el arenoso chirrido de la paleta del sepulturero contra el nicho. Estaba en el cuarto que iba a ser la sala: una habitación rectangular con dos ventanas. El resplandor tristón e irregular del televisor hacía bailar sombras en las paredes. Había dos sillas de anea medio desfondadas, la mecedora en la que se sentaba Rita, un revoltijo de herramientas y brochas, un par de cacerolas con restos de pruebas de pintura, rollos del hule con que cubrió el tejado antes de techarlo y una escalera de mano. También había un cubo, dos fregonas, media docena de botes con productos de limpieza,

guantes de goma, una escoba despeluchada. Todo colocado en una esquina en formación perfecta, un pequeño ejército doméstico que Rita había traído en los buenos tiempos para ir limpiando la obra. No pienso terminar jamás esta casa, se prometió a sí mismo con ferocidad. Y tenía razón, nunca la acabaría.

Medio a ciegas, en la penumbra azulosa, limpió una de las cacerolas y dio agua a los animales, y luego agarró los rollos de hule, los extendió en un rincón y se sentó sobre ellos apoyando la espalda en la pared. Sacó las hamburguesas, que estaban aún calientes gracias a sus estuches aislantes, y las compartió con los chuchos. El esfuerzo de comer acabó con las pocas energías que le quedaban. Sentía una especie de estupor, una fatiga extrema semejante al aniquilamiento. En la muda pantalla del televisor había una rubia ostentosa y neumática que se reía mucho. Matías se dejó caer de lado hasta tumbarse en el suelo, en posición fetal, arrebujado en su chaquetón de grueso paño. Tiritaba. Los perrillos se enroscaron en el hueco de su vientre, bien apretujados contra él, mirándole sin pestañear con sus ojos redondos. Estaban asustados por los cambios en la rutina, por la ausencia de Rita, por el olor de la pena de Matías, que llegaba con nitidez hasta sus hocicos. La pena huele a metal frío, te dirían los perros si pudieran. Matías tocó sus cuerpos ásperos y tibios: eran un alivio en la noche helada. Agarró la parte sobrante del hule y se cubrió como pudo con ella. Ese día, recordó de pronto, era su cumpleaños. Cumplía cuarenta y cinco. Cuánto dolor inútil, pensó. Y cayó dentro del sueño como una piedra cae dentro de un pozo, mientras el claroscuro de las imágenes televisivas danzaba silenciosamente sobre su cara.